

# Notas

## TRES ESTUDIOS DE FRANCISCO ROMERO

Ni en filosofía, ni en campo alguno de la naturaleza o del espíritu, podrá darse nunca la generación espontánea. Se necesita, es cierto, participar de una peculiar concepción del universo para vivir adecuadamente aquello de que la naturaleza no hace saltos. También corresponde esto a las distintas edades de la vida, pues se observa a menudo cómo el ideal juvenil de la "revolución" suprime la estridencia de su primera letra para convertirse, en edad madura, en la apacible evolución.

Pues yo creo que si América ha de dar filósofos algún día, ello será después de que hayamos leído y estudiado y agitado muy hondamente los eternos problemas que el pensamiento de todos los tiempos ha promovido en otras latitudes. Pero es menester que un profesorado paciente anuncie y prepare esta epifanía filosófica, y que sea tan modesto en su sentido personal como el que se revela en aquellas admirables enseñanzas de Pedro Lombardo, que da al siglo XII unas cuantas lecciones y explicaciones sobre lo que la filosofía griega, a través de los Santos Padres, quería expresar en sus más próximos arcanos.

Tal es, a mi juicio, el más grande mérito de la tarea en que se ha empeñado el Profesor argentino don Francisco Romero, desde la editorial filosófica que con tanto éxito dirige, hasta su fecunda labor de conferencista y expositor de la filosofía.

Contamos con la ventura de nuestra rica imaginación. Pero ella a su vez ha sido el obstáculo más grave para que nuestro pensamiento se discipline adecuadamente. Aunque Francia haga enclenques teorías filosóficas, tal vez desde Augusto Comte, su último gran sistemático, sin embargo los franceses siempre merecerán que se les lea, merced a su gran capacidad de análisis y al rigorismo de sus descripciones. En esa falta de espíritu de sistema hay sin duda un signo de cansancio vital, de decadencia; pero existe lo otro, la labor monográfica en la que con frecuencia habremos de documentarnos. América, que comparte muchos de los vicios franceses, no ha tenido esta virtud insigne; honradamente son muy pocos los ensayistas de esta sesquicenturia, que puedan ser leídos hoy con provecho si han pasado treinta años siquiera por sobre sus escritos. En mucha parte escribían por escribir, que es lo peor que le puede ocurrir a un espíritu que aspire a la perennidad.

Francisco Romero es un ejemplar de un tipo de escritores que viene lanzando América en los últimos años y cuyas virtudes cardinales serían a mi ver: la objetividad, la vivencia de los problemas y la inalterable serenidad espiritual.

No es casual que uno de los mejores estudios de Romero es el que ha hecho de Nicolai Hartmann, el más mesurado y tranquilo de los filósofos alemanes de nuestros días. Seguro con la seguridad del que ha visto y regresa consciente de lo que pudo recoger en su viaje, mas no con aquella seguridad que es hija de la ignorancia y de la falta de imaginación, Hartmann es, precisamente, el "filósofo de la problematicidad", como escribe Romero. Sabe honradamente, porque los ha buscado con afán, dónde se hallan los problemas, describe con todo vigor sus aspectos más dramáticos, pero sin prisa espera que la solución adecuada surja inequívoca e indubitable. Hartmann ha recogido aquí la fecunda herencia de Brentano a quien tanto irritaba todo el andamiaje sistemático del idealismo alemán.

Romero adopta igual actitud en su magisterio filosófico: Si trata de escribir sobre la filosofía de la cultura, o sobre la de la persona o sobre las relaciones de comparación, pongamos por caso, pues escribe sobre estas cosas, sin recargar al lector de una información subsidiaria que nada tenga que ver con el problema central. Parecerá extraño que señale esto como una virtud, siendo, como es, un deber elemental; pero ya se comprenderá que me refiero a aquél cúmulo de escritores que han siempre abundado, de aquéllos que estiman que lo último que se pone es el título justamente porque sólo al final se dieron cuenta de cuál era el tema resultado de su fatigosa y estéril labor. De paso digamos que cuando en una época predomina la forma sobre el contenido, esto siempre tendrá, por fuerza, que ocurrir; cualquier forma y cualquier contenido: el boxeador es un sujeto que da golpes no importa a quién; pues de la misma manera el escritor de profesión es un ser que sólo tiene estilo literario, aunque carezca de temas.

Pero esta probidad en el tratamiento del asunto que enuncia el título, es paralela de la vivencia ante el problematismo que él suscita. Por esto, al lado del escritor objetivo que se limita al tema con toda honradez para sus lectores, está el que es llevado a la cuestión porque ha vivido hondamente los problemas por ella sugeridos. Este ejemplar está un grado más alto del que simplemente acumula ordenadamente sus materiales de examen, pues no hay cuestión humana que no sea ya de por sí en alguna forma problemática.

Todo problema es una invitación para su solución. Y cuando se carece de serenidad espiritual, cuando nos domina el demonio que busca resolverlo todo por la sola fruición de resolver algo, la solución se desenvolverá como una serpentina, sin más finalidad que ella misma, en un alegre juego de carnaval. Hartmann ha medido todos estos peligros con milagrosa lucidez. Y a su turno Romero se ha dado buena cuenta de las fecundas enseñanzas del maestro alemán. Por esto en los tres estudios de que nos ocuparemos, como en su obra toda, la conducta espiritual del Profesor argentino deja una sedante sensación de hombre seguro en quien podemos confiar porque sin tropiezos nos conducirá hasta donde sea posible, hasta las "aporías" que todo buscador de esencias debe hallar en su camino.

Para mi gusto, uno de los mejores estudios de Romero es el que dedicó a Descartes en el centenario del "Discurso del Método". "Descartes y Husserl" se titula y en pocas páginas logra dar los puntos de contacto de estos dos grandes maestros, distantes tres siglos en el tiempo, pero cercanos a la manera de dos grandes trasatlánticos que buscan abordarse en la plenitud del mar abierto. Romero ha mostrado las vecindades de Descartes y Husserl en lo relativo al problema del conocimiento: para el primero, la cuestión gnoseológica era, por así decirlo, todavía, una esclava de la cuestión metafísica acerca de la tras-

cendencia del conocimiento; en tanto que para Husserl, una teoría del conocimiento es en sí misma una temática independiente y plena de sentido hermético, no importa que por medio de ella sea posible luego llegar a lo trascendente. De ahí el diverso sentido de la duda cartesiana, frente a la *epojé* de Husserl; de ahí que Descartes supere prontamente el solipsismo, mientras que en Husserl esta superación sólo aparezca en época tardía.

Otro de los extremos en que se ocupa Romero es el de la diversa actitud de los dos filósofos ante los supuestos. Con bases en el propio Husserl, Romero muestra cómo Descartes que quiso eliminar todos los supuestos en filosofía, no obstante dejó deslizar muchos de ellos a través de su investigación: rechaza como supuestos los contenidos de los juicios, pero no los mismos juicios en su estructura formal, juicios que piensan las cosas según relaciones de causalidad, sustancialidad, etc.; y por lo mismo, Descartes no advierte el carácter de supuestos de las mismas nociones de causa y sustancia. A la inversa, Husserl se ocupa pacientemente de todo este instrumental del pensamiento, hasta llegar al "intuitivismo", más allá del cual no puede proseguirse y del que se ven desalojadas todas las deducciones, explicaciones, construcciones, etc., para dejar el campo libre a la mera *descripción* de las aprehensiones intuitivas.

Muy exacta caracterización aparece en este aparte de Romero respecto de una de las más graves cuestiones de la filosofía cartesiana, es a saber, la de la inmediata conexión entre el yo y el pensamiento: "Descartes piensa en dirección al cogitante y Husserl en la de las cogitaciones. Mientras Descartes se interesa por el sujeto de los actos de conciencia, Husserl se atiene a la mera conciencia y empieza negando el yo como algo distinto de los actos mismos. Y es muy curioso establecer como yerran ambos, por confiado el uno y por desconfiado en exceso el otro. Porque si Descartes introduce afirmaciones aventuradas y aún ociosas, la desconfianza crítica de Husserl respecto a cualquier trascendencia le impone en su primer examen del asunto un escepticismo respecto al yo del que ha ido corriéndose después..."

Las ideas innatas de Descartes, en un principio expresión de una actitud antigua, somática para hablar el lenguaje de Spengler, son más tarde purificadas para ponerse a tono con el espíritu de la nueva época, que pasando por el innatismo de Leibniz culmina en el apriorismo puramente formal de Kant. "De Descartes a Kant el *a priori* se descarna y purifica; de algo en sí consistente y pleno se pasa a virtualidades, a formas, a actividades sintetizadoras. Con Husserl, se retorna al *a priori* concreto, sustantivo, sobre todo con lo que él llama esencias materiales... Con todas las diferencias existentes entre las ideas innatas cartesianas y las esencias de la fenomenología, que son abundantes y considerables, unas y otras coinciden en constituir el ámbito apriorístico, en poseer o admitir consistencia y contenido... y en componer un conjunto indefinido y abierto, jerarquizado de algún modo sin duda, pero de ninguna manera organizado, restringido y cerrado a la manera del sujeto trascendental" (de Kant). Ya en alguna ocasión habíame sido dado comentar en forma semejante pero por distintas sendas, la conferencia de Metzger sobre la fenomenología en la cual, como se recordará se coloca a ésta frente al constructivismo de los conceptos anteriores a ella, y advertir que este constructivismo no era tan antiguo como podría suponerse, sino más bien la expresión de una corriente que nace con la física moderna. De suerte que esta filiación cartesiana de las esencias de Husserl, en la forma que Romero propone, si bien merece un desarrollo muy detenido, es sin duda una de las más afortunadas confrontaciones que el profesor argentino hace entre los dos filósofos.

Nunca, hasta Husserl, se dio la suficiente importancia a la doctrina cartesiana del papel intuitivo de la razón. Se me ocurre que una de las necesidades internas de la evolución filosófica que llega hasta nosotros estaba en re-descubrir esta cuestión fundamental. Ya el intuitivismo puro y simple como el de Bergson, impulsaba a mirar este lado oculto de la "ratio", pues es lo cierto que los intuitivistas eran sospechosos en su menosprecio de esta facultad, pero al tiempo mismo no podía menos de reconocerse la honda verdad que discurría a través de sus mismas exageraciones. Descartes que vio todo esto, no fue unitario en su concepción u obró al menos en forma demasiado deductivista al caer en ese mecanicismo de lo cualitativo, hasta llegar a desconocer la peculiar aprehensión que la razón hace del mundo de la cualidad. Romero muestra muy claramente el viraje que Husserl le ha dado a la razón en este campo, con lo cual, me parece ha traído el sosiego a más de un filósofo confuso, aturridos unos por el rigor y la fijeza de lo cuantitativo y necesitados otros de responder a esta invasión de lo mecánico en el reino de la cualidad.

Así Romero ha logrado mostrar en forma breve las más importantes aproximaciones y distanciamientos de los dos filósofos, insinuando temas que a no dudarlo le merecerán un día la extensión de un libro.

\*\*\*

En dos pequeños opúsculos: "Los problemas de la filosofía de la cultura" y "Filosofía de la Persona", Francisco Romero ha expuesto en forma fiel y al mismo tiempo muy personal, los últimos resultados de la investigación sobre este orden de asuntos.

Persona, cultura y espíritu objetivo, en la conceptualización que aquí tienen, marchan todos en un paralelismo realmente admirable, en una correspondencia tal, que asombra precisamente el que podamos darnos cuenta de ella siendo así que son temas de muchos pensadores actuales, los cuales los manejan en formas aparentemente diversas y distantes.

Podría señalar muchos lugares en que Romero transmite a sus lectores esta inquietud fundamental que me parece ser el afán de la hora: Al paso que en la edad antigua surgieron en el primer plano los grupos raciales, y luego con el cristianismo el concepto de la persona como ser individual, la edad que ahora alumbraba parece ser el triunfo de la obra del hombre, de su hacer objetivo, no importa que en esto cuente muy poco el fundamento de esa acción: la persona humana individual. El concepto de la salvación personal base de toda la filosofía cristiana de la persona, se está haciendo a un lado en forma alarmante y contra la cual se levantará algún día una vigorosa reacción, si, como esperamos y creemos, el cristianismo no puede perecer. Pero es indudable que el grito desesperado de Nietzsche: "El hacer lo es todo, el hacedor no es nada", a despecho de sus distintas derivaciones, es la culminación de una serie de sistemas sobre la dinámica de la naturaleza, según ha mostrado Heinz Heimsoeth en forma luminosa. ("Los seis grandes Temas de la metafísica occidental", p. 223).

Y en estas conferencias del profesor argentino, como en otros trabajos suyos de los más sustanciales, se han venido dando los temas de que arranca aquel sentido histórico que hemos creído adivinar en la época contemporánea; prolongada la visión hacia otros aspectos secundarios, quizás se lograra un estudio pormenorizado, que dejáremos, sin embargo, para una ocasión próxima. Por ahora me limitaré a mostrar cómo no es el azar el que ha hecho que los más densos ensayos de Romero sobre la filosofía actual, sean justamente aquellos en que se esboza la tendencia aludida:

“Los valores, en cuanto afirmados y realizados históricamente por el hombre, dan lugar a los complejos valiosos, que llamamos bienes y componen el mundo específicamente humano de la cultura. Espíritu y cultura entran entre sí en relaciones complejas. El espíritu crea la cultura, pero a su vez es sostenido y alimentado por ella, se afirma como ella en un terreno sólido para lanzarse a nuevas aventuras, a inéditas creaciones que son nuevos descubrimientos o realizaciones de valores.” (Filosofía de la Persona, p. 23). Obsérvese bien cómo el espíritu mismo se desindividualiza por así decir, y más que su ser, lo que de él vale es su función como realizador de cultura. Y esto se advierte aún mejor cuando se mira la existencia del espíritu sólo valiosa ante el programa que ha de realizar: “El programatismo de la existencia humana se cumple tanto en el individuo como en la persona. Y lo mismo en las agrupaciones de individuos y personas que son las colectividades de todo género. . . . La persona es el papel que desempeñamos, una conducta delineada de antemano, una sucesión de actitudes previstas o previsibles.” (Op. cit., p. 17; cons. también “La otra substancia”, F. Romero, en “La Nueva Democracia”, mayo, 1937).

Cierto que a la persona como tal y frente al individuo, se le asigna una libertad muy alta y muy noble, pero es evidente que ya esa misma libertad diluye la esencial intimidad del yo en una razón universal. La conducta coherente de que se habla en este párrafo y la subsiguiente defensa de la espontaneidad personal enunciada a continuación, son ya un argumento en pro de lo que venimos diciendo: “Pero la persona no es sólo el papel impuesto al individuo, sino que es también el autor que crea el papel, el sujeto que libremente se elige una conducta coherente. Y con esto se replica a cualquier conato de tachar de insincera la actitud personal porque va contra la espontaneidad primaria del individuo.” (loc. cit.)

Todavía en Kant, no obstante arrancar de él muy buena parte de estos movimientos, la acción ética tiene un carácter individual-personal; si la razón universal viene a ser la que desarrolla el *factum* de la razón pura práctica, sin embargo ese imperativo primordial carga todo su acento en el ser concreto, que habrá de salvarse precisamente como consecuencia del cumplimiento de la ley moral. Pero en esta nueva ética de la persona en el sentido del espíritu objetivo, se diluye aún más todo ser concreto, la moralidad sólo será dable al realizador de acciones objetivamente valiosas. Si Kant exageraba la excelencia de la buena voluntad, la nueva filosofía de la persona exalta desmedidamente el valor de la obra objetiva: “De aquí que sea, como se dijo antes, —escribe Romero— propio de la persona estatuir un orden universal de derecho y garantizarlo. Este orden tiene dos sectores. En primer lugar está el *reconocimiento* de lo que es, en los dos sentidos que tiene la palabra: en el de toma de conocimiento sin otro acicate que el saber mismo y la íntima plenitud que nos proporciona, y en el de aceptar y dar por justificado lo que es, por la sola razón de ser salvo la excepción a que me referí antes, y que viene a continuación. En segundo término, el *reconocimiento*, también en los dos sentidos apuntados antes, del orden del valor, sustentáculo del orbe de lo que debe ser. Por su naturaleza misma, esta instancia es superior a la otra, cuando coinciden en una situación. La persona respeta lo que es, salvo que no sea lo que debe ser. Esta intervención activa para imponer lo que debe ser es la acción ética. . . .” (Op. cit. 27-8).

No hay lugar aquí para discutir ahora todo lo que la moral de los valores tiene de pretensión egregia; pero al mismo tiempo todo lo exigente que es ante una humanidad caída. Los esfuerzos de Scheler, a que Romero alude muy

oportunamente, para fundar un personalismo de los valores éticos, no son acaso sino un tímido retroceso ante todas las consecuencias a que conduciría una moral de valores estatuida con gran pureza teórica. Siempre aún con la corrección de Scheler, la ética axiológica será una moral de minorías. Será el mejor instrumento para producir bellas personalidades éticas, meros ejemplares culturales, pero no una forma universal de hacer que todo hombre, como lo pide el cristianismo, cumpla con su deber ético fundamental, con el subjetivo, si se quiere, al menos: el de la buena voluntad.

Y no dejará nadie de advertir cómo esta moral de los valores, moral de minorías como se deja dicho, surge precisamente en momentos en que agoniza la democracia; también al nacer ésta, aparecía la doctrina kantiana de la buena voluntad. Yo no desconoceré toda la nobleza de esta reacción contra la ordinariez y ramplonería de las éticas coincidentes con todos los períodos democráticos; pero nunca podrá justificarse que el filósofo, si logra darse cuenta hasta dónde entran los elementos históricos en sus doctrinas, deje de evitarlos con toda lealtad. Esta es la corrección fundamental que a mi juicio exige la moral de los valores, tal vez demasiado ignorante de las grandes masas para las cuales sólo una moral del deber y de la buena voluntad podrá ser siempre vigente y eficaz.

En "Los problemas de la filosofía de la cultura", el autor adopta una actitud más pedagógica, pues debe iniciar al lector en una terminología generalmente desusada hasta ahora, y conducirlo hacia ciertos conceptos que le darán campo al desarrollo conceptual subsiguiente. Sin embargo, en las páginas finales de este trabajo, donde se trata el tema de la vida y el dinamismo de la cultura, no sé hasta dónde me parece que por estas vías se abre un nuevo horizonte al espíritu concreto, al ser que vive y produce todas aquellas manifestaciones culturales, las modifica y se mueve en ellas con plena libertad y espontaneidad. Pero a despecho de todo esto, la gloria personal, la grandeza personal se nos escapan al fin y sólo resta el erguido monumento de la cultura.

Lo dramático de toda teoría reside en que, tarde o temprano, busca convertirse en norma de conducta humana: el racionalismo, tan fecundo para cierta etapa de los conocimientos especulativos, se hizo norma con la moral kantiana; el positivismo a poco se convirtió en pragmatismo, y las actuales teorías de la totalidad van conduciendo al hombre hacia una concepción totalitaria de la vida ética también, en lo que sin duda hay un fondo de noble aspiración, pero el que, exagerado, no será más que una forma brutal, digámoslo así, de imponer la cultura sobre las propias ruinas de la humanidad.

Romero tiene una viva inquietud por todos estos temas que son profundamente actuales: "Vieja y nueva concepción de la realidad" y el estudio sobre Hartmann, "Un filósofo de la problematicidad", destacan dos puntos centrales, a cada uno de ellos que se enlazan con lo que venimos diciendo: Las totalidades en física, en psicología, en biología, en la teoría del lenguaje serán siempre una de las más brillantes conquistas del método de investigación contemporáneo; y a su vez, la descripción fenomenológica con primacía sobre la construcción sistemática, indica el afán de aportar materiales impersonales a la obra de la cultura objetiva; a no dudarlo, el sistema es siempre un sello de la individualidad, más o menos producto del orgullo, atributo siempre personal. Nadie querrá desconocer que estos dos temas, el del método de las totalidades, objeto del primer estudio, y el de la descripción impersonal y sistemática, están íntimamente vinculados con la desindividualización general que queríamos señalar en un principio como signo de los tiempos. La perplejidad del hombre

actual estará en defender o una persona abstracta y puramente objetiva, o una actitud personal del alma individual, es decir una conducta conforme a la razón de nuestro único ser individual. Porque es claro que esa escisión entre individuo y persona, el uno como sujeto de lo primario e instintivo, la otra como soporte de la cultura, es una dicotomía conceptual con fundamento en la realidad, es verdad, pero en una sola realidad que es el sujeto humano.

Yo he querido señalar en este glosario a Francisco Romero, hasta dónde el Profesor argentino ha escogido para exponer a sus afortunados oyentes cuatro temas al parecer dispares y autónomos, pero todos ligados por el hilo que da sentido a esta época, quién sabe si apenas ahora naciente, o ya casi madura y en plenitud, pues es notorio cómo los hechos históricos sólo con la perspectiva del tiempo se advierten en su carácter de tales. En sí, esta disertación no es una polémica, aunque lo parezca, pues es el caso que sólo pretendo desenrañar extremos que no sé hasta dónde puedan ser conscientemente admitidos por el autor, ni hasta qué punto comparta él mismo esta interpretación *avant la lettre* de su noble interés por la filosofía.

Cayetano BETANCUR

Bogotá, julio de 1940

#### BASE DE CULTURA Y DE UNIDAD.

Para la edición de homenaje a la inteligencia argentina, que anunció la Revista en su último número, escribió el maestro Sanín Cano estas páginas de introito, que publicamos hoy en este lugar por el indefinido aplazamiento de esta entrega de homenaje, aplazamiento que corre parejo con el de la Exposición del Libro Colombiano en Buenos Aires.

Se va a hacer en Buenos Aires una exposición del libro colombiano. La república austral busca por este medio una aproximación intelectual de los dos países. El empeño merece la cordial acogida de todos los americanos. Se habla a todo propósito de nuestro aislamiento. Yo diría más bien de la desidia e incomprensión de los gobiernos. Los escritores no están aislados ni se desconocen. Los grandes poetas mexicanos son tan conocidos en Buenos Aires como en México. Los nombres de trabajadores intelectuales tan eficaces como Alfonso Reyes, Henríquez Ureña, García Monge forman eco en todo el continente y cada cual a su manera remueve ideas, las defiende o propaga. Hay un cambio de ideas continuo entre los escritores de América. Revistas de orientación americana aparecen en muchas capitales del continente y si es verdad que los libros no circulan fuera de los países de origen entre el grueso público, son pocas las obras de gran significado artístico o de pensamiento original que no acaben por ser conocidas en todos los países por los cultivadores de las letras.

Mas como la profesión literaria en estos países, fuera de casos excepcionales como la labor periodística, no sustenta siquiera a sus cultivadores sería

descaminado esperar de ellos el esfuerzo necesario para propagar en unos países la producción literaria de los otros. Esa tarea corresponde a los gobiernos. La prensa predica y ha hecho en los últimos años un trabajo plausible de evangelización; pero no puede tomar sobre sus hombros el empeño de forzar la circulación de libros por el continente. Hay oficinas de canje internacional de libros en varias repúblicas americanas; pero el criterio de selección parece inclinarse con gran peso a las publicaciones oficiales o a las de aquellos autores encasillados en el tren burocrático. Por otra parte esas reparticiones ministeriales no siempre se componen de hombres de letras; aquí en Colombia y acaso en muchas otras naciones de América no está de ordinario colocado el literato en posición oficial propicia a la publicación de sus capacidades, gustos y conocimientos. Los desparraman los gobiernos que por casualidad se acuerdan de ellos en la diplomacia, la pedagogía, la estadística, o en casos de urgencia manifiesta en los ministerios de agricultura, de industrias o de guerra.

El problema de la unidad del idioma y de las aspiraciones del continente no es una cuestión de mera literatura como dan en suponer los estadistas de gran talento, llegados a la cabeza de las administraciones como hombres de vastos conocimientos. No se trata de resolver problemas literarios. La empresa es de mucho más hondo significado: se trata de mantener vivo en estos pueblos el sentimiento de su unidad. El comercio, si existiera de verdad, entre estas naciones, podría escogerse para servir de vehículo a tales ideas; la industria podría acaso, olvidando su tradicional indiferencia por las cosas ideales, servir de lazo continental. El mostrador, tan calumniado, sirve de lazo espiritual entre las gentes, a su pesar muchas veces, y el agente de comercio desde los tiempos del fenicio y del griego sirvió a las causas de la civilización trasportando a lo lejos con sus géneros de venta las ideas y los sentimientos de su propia cultura.

Pero las relaciones de comercio son escasas o inexistentes. El único y efectivo comercio es el de las ideas, cuya utilización para fines de cultura está indicado por toda clase de razonamientos. Existe el maravilloso instrumento del idioma común y una literatura que ha dado ya obras de significado universal, elementos de los cuales pueden valerse los gobiernos para mantener y acendrar la unidad de estos pueblos, no para crearla, por fortuna, pues ella existe por disposición de la naturaleza y de la historia. Pero el curso de la vida es tan apresurado y confuso que aun las corrientes naturales del pensamiento, las ideas sobre las cuales se asientan las civilizaciones cambian de rumbo o se sumen como los ríos en las vastas regiones arenosas.

El gobierno argentino de estos días ha manifestado en varios de sus actos una comprensión aguda y generosa de los sentimientos que hacen de estas naciones la unidad moral que las engrandece. Y la idea de la exposición del libro colombiano en Buenos Aires corresponde a esa manera de entender la psicología de estos pueblos y su misión cultural.

Colombia debe corresponder a esta prueba de solidaridad preparando una exposición del libro argentino en Bogotá, que sirva de ejemplo a los demás países para convertir en tradición esta feliz iniciativa, prenda de amistad y, sólida base de entendimiento.

*B. SANIN CANO*

Los tiempos presentes son de crítica demoledora y sagaz. Gran copia de los valores consagrados ha quedado reducido a pavesas bajo la acción corrosiva del análisis. En cambio, esta labor revisionista ha sacado a luz grandezas insospechadas, o sepultas bajo gruesas capas de ignorancia y de prejuicios. Tal acontece con la Edad Media, que aun para espíritus impregnados en esencias de cultura no era sino el imperio sombrío del fanatismo y de la barbarie, y que ahora, merced a pacientes investigaciones, a un examen más detenido de hechos y documentos, y a una comprensión despojada de los apasionamientos febriles que en otros tiempos enturbiaran la limpidez del juicio, va resurgiendo con su auténtica fisonomía: como una época en que las potencias espirituales del hombre alcanzaron una plenitud que no ha sido igualada después.

Sería demasiado prolijo ofrecer una lista de las obras consagradas a rehabilitar la Edad que Verlaine llamara "enorme y delicada". La bibliografía es abundantísima. Baste citar entre las principales, las siguientes: "Los hechos de la Edad Media", de W. E. Brown, "El saber de la Edad Media", por James Harvey Rominson, "La Ciencia en la Edad Media" de Charles Homer Hasmings, "La Edad Media y nosotros", de Landsberg, "La España del Cid", de don Ramón Menéndez Pidal, que con formidable aparato de erudición y ameno estilo estudia el siglo XI, capital en los destinos ibéricos, y muchas más que destruyen con singular eficacia la leyenda tejida por la superficialidad o la incompreensión, presentando al Medioevo como un período de intensa vida interior, en que el pensamiento se revistió con sus galas más originales y suntuosas.

Vamos, en consecuencia, hacia una rehabilitación de aquella época tan desconocida como calumniada. Ciertamente que en ella la crueldad, la grosería, la servidumbre, el desconocimiento de las ciencias positivas, la superstición, la dureza de las costumbres, afeaban la vida; pero ni estos defectos son privativos de ella, puesto que los hemos visto aparecer, acaso con más enconada virulencia, en el seno deslumbrante de la modernidad, ni asumen las desmesuradas proporciones que sus detractores se complacen en asignarles. En cambio, se está demostrando, en forma que no deja lugar a duda, que fue un inmenso laboratorio del saber, donde se refugiaron las más nobles preocupaciones intelectuales, habiendo adquirido entonces las ideas una profundidad esplendorosa. Las manifestaciones de la inteligencia, aun las que tienen sutileza de aromas, apasionaban hondamente. Ahora es difícil comprender esto, porque las flores del espíritu se cotizan escasamente en el mercado, viéndose frecuentemente holladas por las pezuñas de un materialismo insolente y brutal.

Fue aquella una época de grandes ideales, de fe intensa y magnífica, de ansia desinteresada de conocimientos, de limpio amor por muchas cosas bellas. Guardó con celo maternal las maravillas del clacisismo, hurtándolas a la avidez destructora de los vándalos. Instauró el culto de la dama y del honor. Coordinó tan sabiamente los esfuerzos individuales, que los hombres se fundieron en el vuelo aquilino de un solo impulso, lográndose así que el alma popular cincelara el prodigio de las catedrales, compendio de las artes todas y de todas las magnificencias del ingenio humano.

Las más variadas disciplinas científicas se cultivaban con acendrado cariño, constituyendo ejemplo de ello la miriada de códices que ha llegado hasta nosotros, no obstante que muchos desaparecieron en el vértice de las contiendas civiles. En las universidades se discutían, con asombrosa independencia de cri-

terio, cuestiones de perenne interés, especialmente filosóficas y teológicas. Las bibliotecas de los diversos institutos se enriquecían sin cesar, adquiriendo contornos que, sin hipérbole, pueden calificarse de opulentos. La poesía juglaresca envolvía en hálitos de belleza los momentos de ocio fecundo, cedidos a la contemplación, y la paz derramaba sus dones desde las chozas de los labriegos hasta la altivez indomable de los castillos.

A. Jiménez Soler, en su jugoso libro "La Edad Media en la Corona de Aragón", escribe: "La Edad Media, en general, es desconocida: la manera de escribir la historia en el Renacimiento, esto es, en el período inmediato y siguiente a ella, a imitación de los clásicos, reducida a batallas y biografías de reyes y caudillos, condenó a esa Edad Media a un olvido que no merece; en ella no hubo ni grandes batallas ni hechos de relieve suficientes para ser del dominio universal, y esto no satisfizo a los historiadores. No hay problema de hoy que no se planteara en la Edad Media y que ésta no resolviese. Ya es un gran elogio de aquella edad decir de ella que no conoció el proletariado ni los pobres, que no conoció la lucha de clases ni necesitó leyes restrictivas del pensamiento, ni ejércitos permanentes que velaran por la seguridad interior y exterior".

Y líneas adelante nos dice: "Pero no es menos elogio suyo ver cómo después de un individualismo exagerado que hizo decir: un hombre un voto, un hombre un fusil, un hombre un contribuyente (impuestos directos) surjan las asociaciones y los sindicatos, las corporaciones y las tendencias sociales y nuevas ideas acerca de la organización de los Estados muy conformes con el espíritu de la Edad Media". En efecto: no puede negarse que la floración pujante de las diversas formas de asociación, si bien responde a necesidades permanentes de la naturaleza humana, es deudora a los gremios y cofradías, no únicamente del principio de solidaridad, sino también de direcciones y enseñanzas relativas a la organización, que ha sabido aprovechar con singular acierto, acomodándolas a las condiciones presentes.

En el dominio de lo social logró victorias innegables, que poco a poco van siendo exhumadas, con asombro del vulgo letrado. Tal acontece con el sello que imprimiera al derecho de propiedad, demarcándole con insistente precisión su inseparable función social, con lo que unió en apretado haz a los siervos y a los señores, recordando a estos últimos sus deberes morales como poseedores de bienes de fortuna. Y más aún: hizo explender su doctrina con vivos resplandores cuando, con la mirada en el bienestar común, llegó a imponer severas penas a quienes sustrajeran terrenos al cultivo.

Su labor civilizadora es realmente gigantesca. En "Los Orígenes de la Francia Contemporánea", nos describe Taine "los campos desolados por el fisco romano, por las rebeliones de los vagabundos, por las invasiones de los germanos y por las correrías de los bandoleros". Es en este paisaje desolado donde el hombre medioeval, con paciencia de benedictino, "construye su cabaña entre la maleza. Ayudado por sus compañeros desmonta y labra; domestica los animales salvajes; funda granjas, molinos, fraguas, talleres. . . . "Y en medio de esta fatigosa tarea, aún encuentra tiempo para edificar los imperecederos monumentos de las Summas".

Absorta en sus afanes creadores, ignora las convulsiones revolucionarias. Liga inteligencias y voluntades en la cristalización de objetivos comunes, enarbolando un amplio sentido de universalidad sobre el egoísmo de los nacionalismos en germen. Pone el cimiento de las modernas libertades políticas. Elabora cuidadosamente las instituciones municipales. Y, en suma, dicta normas de vida, severas y fecundas.

Es precisamente esta prodigiosa acumulación de fuerzas espirituales la que hace posible el Renacimiento. La savia decantada en largos siglos de laboriosa y silenciosa, hace eclosión en rosas triunfales, que el humanismo toma para adornar sus sienas. Cuando más espléndido se considere el florecer de las ciencias y de las artes en los albores de la Edad Moderna, más obligados estamos a reconocer que la Edad Media se encontraba henchida de vitalidad, pues es el antecedente forzoso y la causa profunda de las victorias cintilantes de los tiempos nuevos.

*Alfonso Francisco RAMIREZ*

México, D. F., 1940.

### CONFIGURACION DE LA LITERATURA COLOMBIANA

En la fiesta de homenaje a Colombia, que tuvo lugar en la capital del Uruguay el 20 de Julio último, pronunció Alberto Zum Felde, Director de la Biblioteca Nacional de Montevideo y una de las máximas figuras de la inteligencia americana, la admirable conferencia sobre las letras colombianas cuyo texto reproducimos a continuación y cuya lectura recomendamos fervorosamente a los lectores de la Revista.

Sr. Ministro, Señoras, Señores:

Compromiso difícil es este de hablaros de la literatura colombiana, que he afrontado, en homenaje de nuestro espíritu americanista a la noble república fraterna. Trazar dentro de la brevedad de una disertación de veinte minutos un cuadro abarcador de aquel vasto y riquísimo panorama literario, sería empresa quimérica, a menos que se redujera a una nomenclatura de autores y títulos, cosa que, naturalmente, en merced a vuestro buen gusto, y al mío, cuidaré de no cometer.

No me queda sino un camino: el del avión veloz y alto desde el cual, renunciando a toda delectación de lo particular, podemos en cambio seguir con la mirada la configuración esquemática de sus perspectivas.

Y he aquí lo primero que comprobamos. Todos los países que integran esta creciente anfictionía del continente, han dado a la gloria común eminentes figuras de escritores, hombres tocados por el rayo del talento creador. ¿Cuál podría en ese certamen atribuirse la primacía? Pero ninguno le disputa a Colombia el honor de ser aquella de las repúblicas americanas donde la cultura literaria ha alcanzado más amplio y sostenido imperio, siendo éste el siglo dominante de su personalidad nacional.

Bogotá sigue manteniendo en alto, desde los días lejanos del coloniaje el título de docta que ya entonces mereciera, arraigando en ella una tradición a la que han hecho honor todas las generaciones que hasta hoy han perecido.

Ya en los propios orígenes coloniales, Colombia pareció signada con esa alta primacía, entre todas las tierras de estas Indias occidentales. Su genealogía intelectual arranca del propio fundador de Santa Fe de Bogotá. Pues, mientras todos los conquistadores hispanos fueron bravos pero incultos capitanes, magníficos en la proeza, pero en las letras rudos, Gonzalo Jiménez de Quesada fue no menos ilustre letrado que guerrero, aunando en su persona admirable el brillo heroico de las armas con el severo prestigio de la toga. Abogado de fama, escritor de elegante prosa, historiador y didacta, autor de crónicas épicas y de sermones edificantes, corona su figura la alta rosa mística: caballero cristiano de la más pura estirpe no quiso sobre su tumba, sin nombre, más inscripción que aquella, tan profunda: "Espcto resurrectionem mortuorum": (espero la resurrección de los muertos).

Es de tan fuerte y fina raíz espiritual que arranca la tradición intelectual de Colombia, como árbol secular en su realeza que va extendiendo sus ramas a través de la historia, y de cuya savia se nutren las generaciones.

Talvez esa genealogía tradicional explique ante todo este otro hecho complementario del primero: Colombia se ha mantenido inquebrantablemente fiel a las normas clásicas, en el espíritu y en la forma. El carácter propio, intrínseco e insobornable de las letras colombianas, salvo excepciones muy raras es el clasicismo, en cuanto esta definición significa sentido de la medida, y del equilibrio, culto de las disciplinas humanistas, amor a la claridad en el pensamiento y el estilo, gusto de la casticidad de la lengua.

El carácter clasicista, predominante en la literatura colombiana, que configura su propia personalidad nacional, en el plano de la cultura, es patrimonio de raza y blasón de herencia, viénele de las fuentes próceres de la cultura humanista y académica hispana, rama hispana de renacimiento. Ninguna de nuestras naciones ha permanecido tan íntegramente leal a su propia genealogía. Dejó de ser colonial sin perder su vínculo de estirpe con la Colonia. Se modernizó más tarde, pero sin mengua de su señorío solariego. Es por eso que ella aparece como la más conservadora de las repúblicas hispanoamericanas; mas, su aparente conservatismo, no es estancamiento en lo antiguo, ranciedad recalcitrante, sino permanencia de su identidad psicológica a través de la evolución literaria que determinan las épocas. Renovarse sin dejar de ser ella misma; tal la virtud de la literatura colombiana. Gran virtud, ciertamente. Mas para ello es necesario, ante todo, ser ella misma, poseer carácter, personalidad. Y este es el valor que singulariza y enaltece intelectualmente a Colombia.

El barroquismo conceptista y gongórico que apestó las letras coloniales en el siglo XVII y al que ella también pagó tributo numeroso, no pudo quebrar la línea de limpidez clásica que ya entonces se había definido como su carácter: y ha sido luego, siempre, la ejecutoria de su señorío. Juan Rodríguez Freile, escritor de sabrosas crónicas de época, y la madre Castillo, abadesa de Santa Clara, docta poetisa mística, muerta en olor de santidad, a la que se ha llegado a comparar con Santa Teresa —sus dos literatos coloniales de mayor relieve— cultivaron tanto el vocablo y el giro de la más castiza cepa, como la sobria claridad del estilo, exenta de todo barroquismo.

Nada ha podido tampoco, posteriormente, quebrar la noble continuidad del rasgo clasicista, que está ya identificado con la idiosincracia literaria de Colombia a punto que, ni las exaltaciones anárquicas del romanticismo, ni los decadentismos del movimiento simbolista finisecular, alteraron el curso sereno y majestuoso de esa corriente académica, que prosigue a manera de un río sereno y profundo cuyas aguas transparentes van espejando las épocas.

Todo se ha reflejado y se sigue reflejando en esa corriente. Las ideas y las costumbres cambian, la corriente permanece. Otras son las imágenes, el río es el mismo. Los buenos escritores colombianos de nuestro tiempo, emplean el mismo lenguaje netamente castizo que los del tiempo de Nariño, Santander y los otros, los de la pléyade patricia que se agrupa en torno a la figura ardiente del Libertador.

Lo mismo cabe decir de la otra pléyade, la que llena con sus fervores líricos el largo período del romanticismo literario, que en Colombia, como en toda Hispano-América, trajo sus cansadas galeras hasta la orilla de este siglo. José Eusebio Caro, pensador y poeta al par en admirable síntesis, una de las más fuertes y originales figuras del romanticismo americano, y Rafael Pombo, dulcísimo pájaro de los atardeceres del trópico, y flauta melodiosa de la floresta indiana sus dos más eximios corifeos de este período, escanciaron linfas tan puras y transparentes como los más severos cultores del clasicismo. Fueron románticos por el sentimiento y la expresión; mas su verso y su léxico permanecieron tan fieles y castizos como los más.

Colombia es, en América el baluarte de la pureza del idioma, así por sus formas literarias como por sus estudios de erudición filológica. En todas las repúblicas, —aquí en el Plata por la influencia cosmopolita, allá en el trópico por la densidad mestiza— el castellano se ha americanizado, adquiriendo formas y tonos heterodoxos. En Colombia se ha mantenido intacto, como la raza misma.

Acaso el idioma y la sangre han seguido una fidelidad paralela. El colombiano de las clases cultas, conserva, más que en toda otra región del Continente, el tipo tradicional del hidalgo hispanoamericano, tal como él se definió en el siglo pasado, en la hora de la emancipación y en la época del civismo. No se han maleado sus antiguas virtudes patricias por la heterogeneidad del confuso aluvión inmigratorio, ni la hidalguía de su prestancia caballeresca se ha desmeдрado bajo la presión sociológica del utilitarismo.

Tan templado y fino es el acero de su casticismo que hasta los mismos escritores contemporáneos, —tales: Alfredo Gómez Jaime, Max Grillo, León de Greiff — epígonos entusiastas de las últimas revoluciones de las formas literarias, permanecen a pesar suyo ligados en cierto modo a la tradición académica.

Cierto que han adoptado en parte sus líricos de la promoción más reciente, el verso libre, apartándose de las reglas de la poética tradicional cuyo culto se ha mantenido en Colombia en modo predominante, a través de románticos y modernistas. Pero el lenguaje y el giro y el sabor castizo no se han alterado en demasía que es lo principal.

Consecuencia de este sustancial tradicionalismo de su cultura, es que Colombia sea, así mismo, la nación americana que presenta una más firme y constante línea genealógica de polígrafos y humanistas de jerarquía, desde el coloniaje hasta nuestro tiempo. Los escritores de este tipo, no frecuentes en el resto de este hemisferio occidental, precisamente por que son productos de un estado de cultura definida, con arraigo tradicional y madurez de disciplina —cosas que América no posee todavía— este tipo de escritor, digo, es lo más característico y representativo de Colombia. Historiadores, juristas, críticos, parlamentarios y pedagogos, filólogos, ensayistas de fuste y estilo, dan a su cultura y a su vida un tono de alto academismo humanista, que los demás países nuestros no conocen. Los nombres de Marco Fidel Suárez, de Miguel Antonio Caro, de Rufino José Cuervo, de Gómez Restrepo, de Baldomero Sanín Cano, de Germán Arciniegas, elegidos de entre los más cercanos a nosotros, acreditan la alcurnia y la fecundidad de su estirpe académica. A esos nombres citados, no podríamos de-

jar de agregar el de don Raimundo Rivas, actual Ministro en el Uruguay, figura ampliamente representativa de alta cultura humanística de Colombia.

Esto es constatación de la neta personalidad nacional de Colombia en el campo de las letras, es el primer homenaje que debe rendir a aquella noble hermana, la conciencia americana que busca afirmar la entidad intrínseca de nuestros pueblos, como valor fundamental de toda cultura propia y verdadera.

Pero, a más de ello, tenemos que rendir homenaje a la literatura colombiana, por algunos de los altísimos valores personales que ha dado a Hispano-América. Muchos son sus grandes escritores, dignos de particular alabanza; ahora sólo podemos referirnos a muy pocos; aquellos cuya altura cimera los tiene siempre presentes en nuestro horizonte.

Sea el primero Jorge Isaacs, cuyo solo nombre como si se tocara una cuerda sensible, de sonoridad mágica, basta para despertar en nosotros todo un mundo de lejanas melancolías y de perfumados recuerdos, que envuelven la vieja estampa romántica, aparecida... "María" es la novela más pura de nuestro romanticismo americano, quizá la única novela típicamente americana de nuestro romanticismo. Ella vuelve a sonreírnos con su dulzura de las tardes antiguas, cargadas de aromas tristes y selváticas, y entre cuya arboleda irreal divaga la melodía olvidada de un amor fervoroso y sin ventura. Todo lo que a esta distancia y ya de vuelta, pone gracia y finura al pasado romántico,— y cuanto dá a esa gracia espiritualizada de añoranza color y olor de tierra americana, está en "María" más que en todo otro libro de su tiempo, y casi sólo en él... ¿Qué novela romántica queda de toda la producción hispanoamericana? Quizá sólo "María". Abriendo sus páginas, hoy mismo como de un cofre antiguo viene a nosotros ese guardado perfume de evocación que es el alma de su época.

Después, José Asunción Silva, el músico más atrevido y extraño que ha tenido el verso en nuestra América, el creador desgarrado del poema de amor más profundamente doloroso y encendido, que poeta americano haya escrito. Angustioso y alucinante como Poe; apasionado y triste como Musset; fino y raro como los decadentes y malditos. Si de algún poema puede decirse que es inmortal, ese es el *Nocturno* de Asunción Silva. Por ese solo milagro del *Nocturno*, el pálido suicida entró en la gloria más alta e imperecedera de nuestra poesía.

Mas, ved que ahora llega hasta nosotros Guillermo Valencia, cumbre continental del parnasianismo. Todas las cualidades de sabio ajuste, de impecable línea y de preciosidad lapidaria que la estética parnasiana traía consigo, a través de Leconte de Lisle y de Heredia, armonizaron en afinidad perfecta con la severa tradición colombiana de la elegancia clasicista y del purismo idiomático. Guillermo Valencia es la expresión cabal de ese feliz connubio de afinidades entre el modernismo europeo y la tradición nacional. Escultórico, pero sin frialdad; opulento, pero sin pesadez; lapidario, pero sin preciosismos, siempre majestuoso y columnario, semejante a un emperador del verso y la palabra, saludemos en el artífice admirable de "El Caballero de Emaus", "Palemón el Estilita", "El Circo Romano", "A Popayán" y otros cantos, a una de las más altas cimas de la orografía poética del continente.

Y henos aquí, finalmente, frente a Eustasio Rivera, el formidable novelista de "La Vorágine", algunas de cuyas visiones adelantara ya, como poeta, en sus magníficos sonetos de "Tierra de Promisión". Esa pintura de la selva virgen del trópico, realizada por primera vez con fuerza de estilo tan avasallante como el espectáculo mismo que refleja, ha sido uno de los mayores acontecimientos de la literatura americana de todas las épocas.

Si no agotando el tema, de innumerables riquezas, dejando en él al menos, el sello de una antonomasia definitiva, Rivera ha dado al arte de nuestro continente y nuestra lengua esa visión extraordinaria y única, de salvaje belleza, que estremece y alucina, con el terror de las potencias pánicas que guarda la entraña de esta América desconcertante, signo al fin, de sus inmensas potencialidades futuras, cuando haya sido dominada por el genio del hombre. Y no obstante, también, es preciso decirlo, obra la suya escrita en el lenguaje más castizo y en el más neto giro del idioma.

Termino ya, señoras y señores, obligado por el índice inflexible de la hora. Pero empeño ante el señor Ministro Rivas y ante el selecto auditorio, la promesa de volver a hablar pronto sobre este tema de la literatura colombiana, con más amplitud, y, si me es posible, con más acierto.

Alberto ZUM FELDE

### LETRAS ANTIOQUEÑAS EN MEXICO

Siempre en las galeras de esta revista se ha cultivado una especial devoción para Carlos García Prada. Porque este breviario de cultura americana que es la revista de la U. C. B. está perennemente atenta para toda posible difusión del pensamiento nacional y cree en la vigencia, supremacía y eficacia de nuestros valores intelectuales, más aun cuando ellos, desplazados de la geografía patria, hacen por latitudes extrañas tan fecunda labor colombianista. Y al afirmar lo último, pensamos primeramente en García Prada, el más empeñoso y empecinado de cuantos ilustres compatriotas han llevado más allá de las propias fronteras la vocería intelectual de la nación. García Prada es casi más conocido en México y Estados Unidos, que aquí mismo. Allá saben que es un colombiano preclaro y por él conocen todo lo bueno y grande —que es mucho— que nosotros poseemos culturalmente. Con una pugnacidad admirable en nada amilanada por la incomprensión, ha sabido siempre difundir y enseñar nuestro panorama literario. Y lo ha hecho con gran fe, no amenguada por el sordo silencio para el estímulo que se practica entre nosotros, y un amor para Colombia nunca compensado por quienes llevan la rectoría política de la patria.

Hace ya días —lo actual en las cosas del espíritu no se cotiza en almanques— pronunció García Prada una prieta conferencia sobre Gregorio Gutiérrez González en la Universidad Nacional Autónoma de México. El pretexto inicial nos lo dice él: “En nuestra América joven, inquieta y trascordada, a menudo nos olvidamos de las glorias permanentes de ayer, y vivimos para el hoy, afanoso y pasajero. Somos poco amigos de exaltar a quienes ganaron para sí el aplauso, la admiración y el amor del pueblo, ora por la nobleza de su carácter y la grandeza de su ejemplo, ora por la índole de las obras en que irradió su espíritu fiel. Sucede entre nosotros, y muy especialmente en el campo del arte, que cada generación nueva se empeña en desvincularse por completo de las anteriores, y sigue su camino, presurosa y despreocupada, ante el *brillo muerto* de quienes “tuvieron una sensibilidad diferente de la suya propia”. Error grande es éste, e imperdonable, porque el alma de las generaciones idas convive con las presen-

tes, por no existir solución alguna de continuidad, ni en el espacio ni en el tiempo, en la trayectoria espiritual y cultural de las razas históricas, como lo es la nuestra". Después ubica al poeta territorialmente con su peculiar estilo pleno de sugerencia y colorido: "Qué afortunado este poeta. Nacer en las alturas andinas y cerca de un riachuelo cuyas aguas puras adoraban nuestros silenciosos abuelos indígenas, porque sabían que en ellas fluye el espíritu mismo de la poesía y de la música. Y nacer en el corazón de Colombia, en Antioquia, es decir en esa feliz comarca, recóndita y misteriosa de la América del Sur, en cuya gleba terrígena se alimenta el destino del continente. Yo creo que los genios tutelares del pueblo supieron escoger con tino y esmero el sitio donde había de nacer su poeta, don Gregorio Gutiérrez González, el de la voz sencilla, piadosa, sumisa y musical. Colombia, Antioquia, La Ceja... Estos nombres son un portento y un símbolo. En ellos se oye un son muy nuestro íntimo y complejo." En esta parte de la conferencia García Prada integra un denso ensayo sociológico de Antioquia, "comarca interesantísima, de suelo convulsivo y de variados climas, de valles profundos y ardientes, y de montañas, a veces arriscadas, altaneras y heladas, a veces hospitalarias, serenas, tibias, donde en un aislamiento dos veces secular, vivió y creció un pueblo de personalidad enérgicamente caracterizada, que constituye ahora una de las más bellas promesas en esta nuestra América." En la segunda parte agrupa el autor todo lo que la crítica nacional —Pombo, Gómez Restrepo, Suárez, Carrasquilla, entre muchos— y la extranjera —Menéndez y Pelayo, Valera, Rubio y Lluch, etc.,— han labrado en torno a la obra de quien García Prada llama con acierto el poeta del pueblo. La tercera parte es un completo ensayo de la poesía de Gutiérrez González, una de las más editadas del país y la más leída de la pasada centuria. Nosotros —es un plural ficticio— aunque vinculados al bardo del maíz por un común paisaje natal, no hemos guardado sin embargo mayor afeción por su obra poética. Pero no podemos ignorar el auge inmoderado que obtuvo en su época, ni lo auténticamente popular que fue su estrofa. Encuadrándolo en su propio espacio y tiempo, Gutiérrez González fue indudablemente un gran poeta. Y el *Cultivo del Maíz* es siempre interpretación cordial y certera de nuestra vida campesina. He aquí lo actual de su obra y quizá la mayor razón de su persistencia. García Prada al divulgar en tierras foráneas al poeta G. G. G. ha cumplido un noble deber y llenado grata misión.

Agreguemos esta conferencia al ya largo balance de difusión colombianista que capitanea García Prada desde su cátedra en la Universidad de Washington, nutrida vitrina intelectual que poseemos en el extranjero.

G. HENAO MEJIA

